

1

CAPÍTULO DÉCIMO NOVENO

otro mundo. Y cuando eso así fuese, en la memoria tengo lo que le pasó al Cid Ruy Díaz, cuando quebró la silla del embajador de aquel rey delante de Su Santidad del Papa, por lo cual lo descomulgó, y anduvo aquel día el buen Rodrigo de Vivar como muy honrado y valiente caballero.

En oyendo esto el bachiller, se fue, como queda dicho, sin replicarle palabra. Quisiera don Quijote mirar si el cuerpo que venía en la litera eran huesos o no, pero no lo consintió Sancho, diciéndole: — Señor, vuestra merced ha acabado esta peligrosa aventura lo más a su salvo de todas las que yo he visto; esta gente, aunque vencida y desbaratada, podría ser que cayese en la cuenta de que los venció solo una persona, y, corridos y avergonzados de esto, volviesen a rehacerse y a buscarnos y nos diesen en qué entender. El jumento está como conviene; la montaña, cerca; la hambre carga: no hay qué hacer sino retirarnos con gentil compás de pies, y, como dicen, váyase el muerto a la sepultura y el vivo a la bodega.

Y, antecogiendo su asno, rogó a su señor que le siguiese; el cual, pareciéndole que Sancho tenía razón, sin volverle a replicar le siguió. Y a poco

2

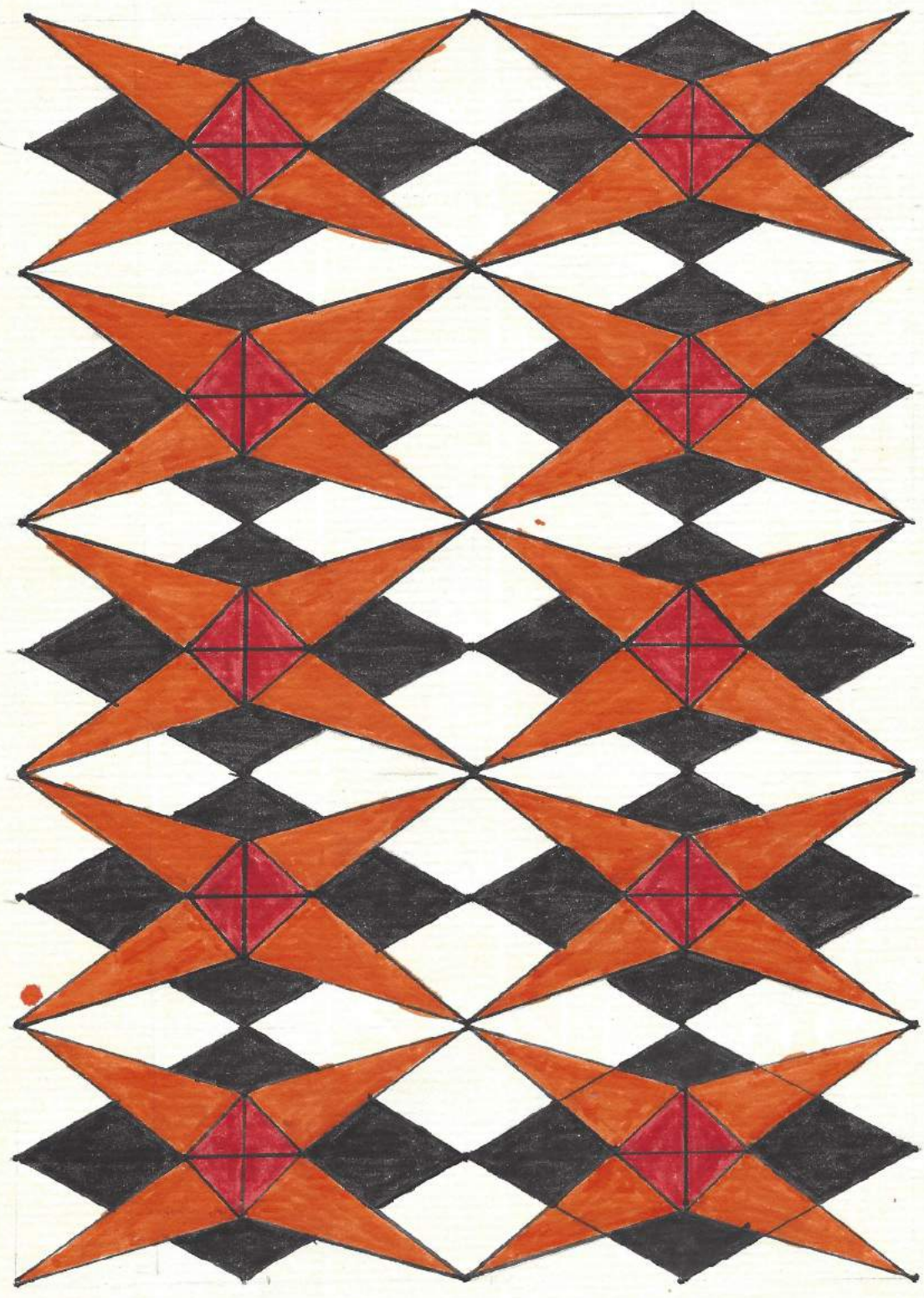
CAPÍTULO DÉCIMONOVENO

trecho que caminaban por entre dos montañuelas se hallaron en un espacioso y escondido valle, donde se apearon y Sancho alivió el jumento; y tendidos sobre la verde yerba, con la salsa de su hambre, almorzaron, comieron, merendaron y cenaron a un mismo punto, satisfaciendo sus estómagos con más de una fiambreira que los señores clérigos del difunto - que pocas veces se dejan mal pasar - en la acémila de su repuesto traían.

Mas sucedioles otra desgracia, que Sancho la tuvo por la peor de todas, y fue que no tenían vino que beber, ni aun agua que llegar a la boca; y, acosados de la sed, dijo Sancho, viendo que el prado donde estaban estaba colmado de verde y menuda yerba, lo que se dirá en el siguiente capítulo.

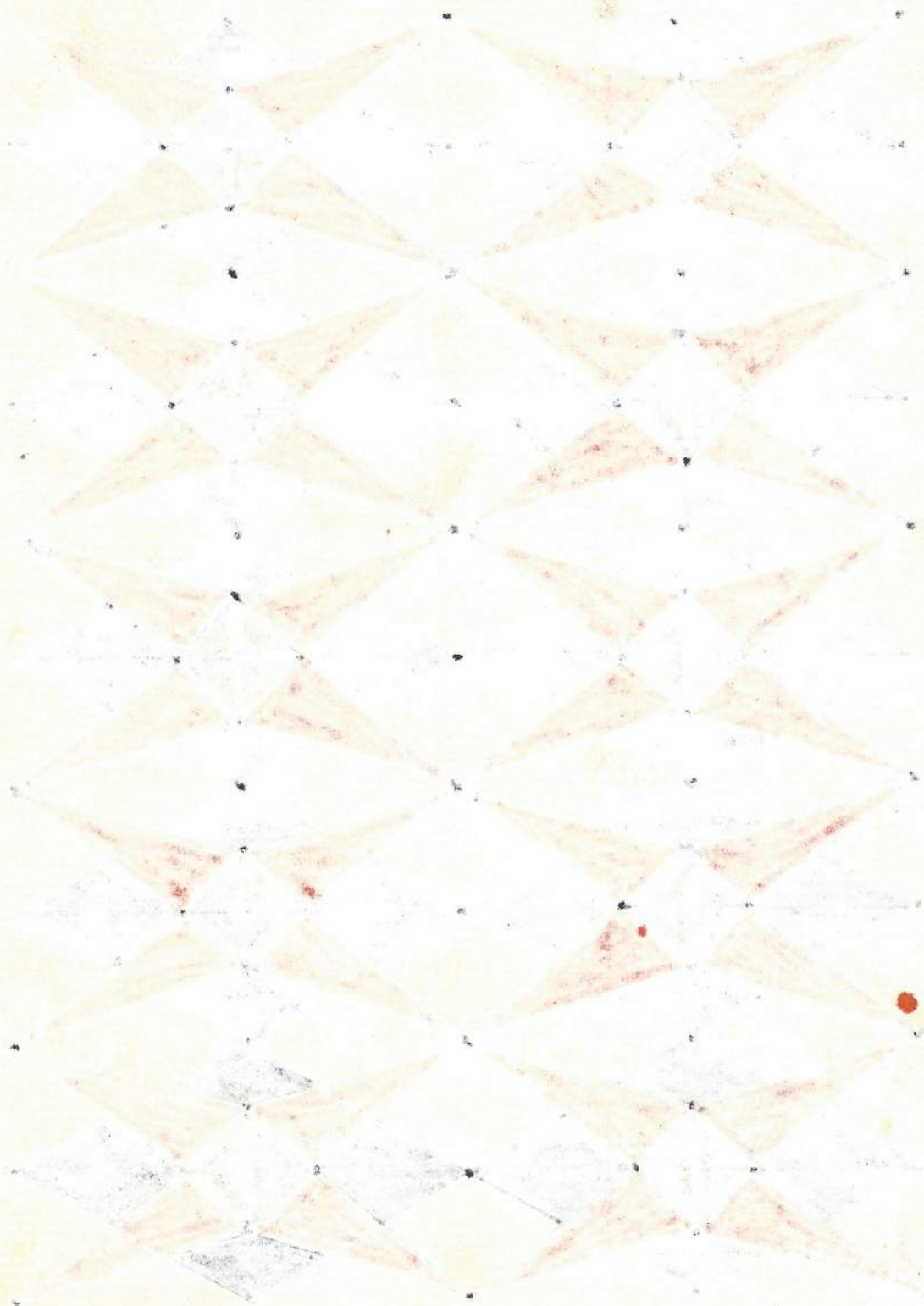
29th 1840

8



Chicago 17

4



Pliego 17

Capítulo XX

De la jamás vista ni oída aventura que con más poco peligro fue acabada de famoso caballero en el mundo como la que acabó el valeroso don Quijote de la Mancha.

- No es posible, señor mío, sino que estas yerbas dan testimonio de que por aquí cerca debe de estar alguna fuente o arroyo que estas yerbas humedese, y, así, será bien que vamos un poco más adelante, que ya toparemos donde podamos mitigar esta terrible sed que nos fatiga, que sin duda causa mayor pena que la hambre.

Parecióle bien el consejo a don Quijote, y tomando de la rienda a Rocante, y Sancho del cabestro a su asno, después de haber puesto sobre él los reliques que de la cena quedaron, comenzaron a caminar por el prado arriba a tienta, porque la escuridad de la noche no les dejaba ver cosa alguna; más no hubieron andado doscientos pasos, cuando llegó a sus oídos un grande ruido de agua, como que de algunos grandes y levantados riscos se despeñaba. Alegroses el ruido en gran manera, y, parándose a escuchar hacia qué parte sonaba, oyeron a desthora otro estruendo que les agió el contento del agua, especialmente a Sancho, que naturalmente era medroso y de poco ánimo.

CAPÍTULO VIGÉSIMO

Digo a Sancho, que naturalmente era medroso y digo que oyeron que daban unos golpes a compás, con un cierto crujir de hierros y cadenas, que, acompañados del furioso estruendo del agua, que pusieran pavor a cualquier otro corazón que no fuera el de Don Quijote. Era la noche, como se ha dicho, oscura, y ellos acertaron a entrar entre unos árboles altos, cuyas hojas, movidas del blando viento, hacían un temeroso y manso ruido, de manera que la soledad, el sitio, la oscuridad, el ruido del agua con el susurro de las hojas, todo causaba horror y espanto, y más cuando vieron que ni los golpes cesaban ni el viento dormía ni la mañana llegaba, añadiéndose a todo esto el ignorar el lugar donde se hallaban. Pero don Quijote, acompañado de su intrépido corazón, saltó sobre Rocinante y, abrazando su redela, terció su lanza y dijo:

- Sancho amigo, has de saber que yo nací por querer del cielo en esta nuestra edad de hierro para resucitar en ella la de oro, o la dorada, como suele llamarse. Yo soy aquel para quien están guardados los peligros, las grandes hazañas, los valerosos hechos. Yo soy, digo otra vez, quien ha de resucitar los de la Tabla Redonda, los Doce de Francia y los Nueve de la Fama, y el que ha de poner en olvido los Platíneos, los Tablantes, Olivantes y Tirantes, los Febos y Belianises,

CAPÍTULO VIGÉSIMO

con toda la cetezva de los famosos caballeros andantes del paso tiempo, haciendo en este en que me hulla tales grandezas, extrañezas y fechos de azmas, que escutezcan las más claras que ellos fizieron. Bien notas, escudeza fiel y legal, las tinieblas de esta noche, su extraño silencio, el rozdo y confuso estuendo de estos árboles, el temeroso ruido de aquella agua en cuya busca venimos, que parece que se despeña y dezzumba desde los altos montes de la Luna, y aquel incesable golpeaz que nos hieze y lastima los oídos, las cuales cosas todas juntas y cada una por sí son bastantes a infundiz miedo, temor y espanto en el pecho del mismo Marte, cuanto más en aquel que no está acostumbrado a semejantes acontecimientos y aventuras. Pues todo esto que yo te pinto son incentivos y despertadores de mi ánimo, que ya hace que el corazón me reviente en el pecho con el deseo que tiene de acometez esta aventura, por más dificultosa que se muestra. Así que aprieta un poco las cinchas a Rocinante, y quēda te a Dios, vizee puedes tú volvez a nuestra aldea, y desde allí, por hacerme merced y buena obra, icás al Toboso, donde dizás a la incomparable señoza mía Dulcinea que su cautiva caballero muricó por acometez cosas que

CAPÍTULO VIGÉSIMO

le hiciesen digno de poder llamarse suyo.

Cuando Sancho oyó las palabras de su amo, comenzó a llorar con la mayor ternura del mundo y a decirle:

— Señor, yo no sé por qué quiere vuestra merced acometer esta tan temerosa aventura. Ahora es de noche, aquí no nos ve nadie: bien podemos torcer el camino y desviarnos del peligro, aunque no bebamos en tres días; y pues no hay quien nos vea, menos habrá quien nos note de cobardes, cuando más que yo he oído predicar al cura de nuestro lugar, que vuestra merced bien conoce, que quien busca el peligro perece en él. Así que no es bien tentar a Dios acometiendo tan descolorado hecho, donde no se puede escapar sino por milagro, y basta los ha hecho el cielo con vuestra merced en liberarle de ser un manteado como yo lo fui y en sacarle vencedor, libre y salvo de entender tantas enemigos como acompañaban al difunto. Y cuando todo esto no mueva ni ablande ese duro corazón, muévale el pensar y creer que apenas se habrá vuestra merced apartado de aquí, cuando yo, de miedo, dé mi ánima a quien quisiere llevarla. Yo salí de mi tierra y dejé hijos y mujer por venir a servir a vuestra merced, dejando valer más y no menos; pero como la codicia rompe el saco, a mí me ha rasgado

CAPÍTULO VIGÉSIMO

mis esperanzas, pues cuando más risas las tenía de alcanzar aquella negra y maldadada ínsula que tantas veces muestra merced me ha prometido, veo que en pago y traseco de ella me quiere ahora dejar en un lugar tan apartado del trato humano. Por un solo Dios, señor mío, que non se me siga tal desaguizado; y ya que del todo no quiere muestra merced desistir de acometer este hecho, dilátelo a los menos hasta la mañana, que, a lo que así me muestra la ciencia que aprendí cuando era pastor, no debe de haber desde aquí al alba tres horas, porque la boca de la bocina está encima de la cabeza y hace la medio noche en la línea del brazo izquierdo.

—¿Cómo puedes tú, Sancho-dijo Don Quijote—, ver dónde hace esa línea, ni dónde está esa boca o ese colodvillo que dices, si hace la noche tan oscura, que no parece en todo el cielo estrella alguna?

—Así es-dijo Sancho—, pero tiene el miedo muchos ojos y ve las cosas debajo de tierra, cuanto más encina en el cielo, puesto que por bien discursado bien se puede entender que hay poco de aquí al día.

—Falte lo que faltare- respondió Quijote—, que no se ha de decir por mí ahora ni en ningún tiempo que lágrimas y ruegos me apartaron de hacer lo que debía a estilo de Caballero; y así te ruego, Sancho, que calles, que Dios, que

CAPÍTULO VIGÉSIMO

me ha puesto en corazón de acometer ahora esta tan no vista y tan temerosa aventura, tendrá cuidado de mirar por mi salud y de consolar tu tristeza. Lo que has de hacer es apretar bien las cinchas a Rocinante y quedarte aquí, que yo daré la vuelta presto, o vivo o muerto. Viendo, pues, Sancho la última resolución de su amo y cuánto poco valían con él sus lágrimas, consejos y ruegos, determinó de aprovecharse de su industria y hacerle esperar hasta el día, si pudiese; y así, cuando apretaba las cinchas al caballo, bonitamente y sin ser sentido ató con el cabestro de su asno ambas riendas a Rocinante, de manera que cuando don Quijote se quiso partir no pudo, porque el caballo no se podía mover sino a saltos. Viendo Sancho Panza el buen suceso de su embuste, dijo:

-Ea, señor, que el cielo, conmovido de mis lágrimas y plegarias, ha ordenado que no se pueda mover Rocinante; y si vos queréis porfiar y espolpear y darte, será enojar a la fortuna y dar coces, como dicen, contra el aguijón.

Desesperábase con esto don Quijote, y, por más que ponía las piernas al caballo, menos le podía mover; y, por caer en la cuenta de la ligadura, tuvo por bien de sosegar y esperar

(11)

CAPÍTULO XIGÉSIMO

O a que amaneciese o a que Rocinante se menease, creyendo sin duda que aquello venia de otra parte que de la industria de Sancho; y, así, le dijo:

- Pues así es, Sancho, que Rocinante no puede moverse, yo soy contento de esperar a que sería el alba, aunque yo llote lo que ella tardare en venir.

- No hay que llorar - respondió Sancho -; que yo entenderé a vuestra merced contando cuentos desde aquí al día, si ya no es que se quiere apearse y echarse a dormir un poco sobre la verde yerba, a uso de caballeros andantes, para hallarse más descansado cuando llegue el día y punto de acometer esta tan desemejable aventura que le espera

¿ A qué llamas apearse a a qué dormir? - dijo Don Quijote - ¿ Soy yo por ventura de aquellos caballeros que toman reposo en los peligros? Duermes tú, que naciste para dormir, o haz lo que quisieres, que yo haré lo que viere que más viene con mi pretensión.

- No se enoje vuestra merced, señor mío - respondió Sancho - que no lo dije por tanto

CAPÍTULO VIGÉSIMO

Y, llegándose a él, puso la una mano en el arzón delantero y la otra en el otro, de modo que quedó abrazado con el muslo izquierdo de su amo, sin osarse apartar de él un dedo; tal era el miedo que tenía a los golpes que todavía alternativamente sonaban. Díjole don Quijote que constase algún cuento para entretenerle, como se lo habría prometido; a lo que Sancho dijo que sí hiciera, ni le dejara el temor de lo que oía.

— Pero, con todo eso, yo me esforzaré a decir una historia que, si la auierto a contar y no me van a la mano, es la mejor de las historias; y esteme vuestra merced atento, que ya comienzo.

“Érase que se era, el bien que viniere para todos sea, y el mal, para quien lo fuere a buscar...” y adviorta vuestra merced, señor mío, que el principio que los antiguos dieron a sus consejos no fue así como quíera, que fue una sentencia de Catón Zonzorino romano, que dice “y el mal, para quien le fuere a buscar”, que viene aquí como anillo al dedo, para que vuestra merced se esté quieto y

CAPÍTULO VIGÉSIMO

No vaya a buscar el mal a ninguna parte, sino que nos volvamos por otro camino, pues nadie nos fuerza a que sigamos éste donde tantos miedos nos sobresaltan.

- Sigue tu cuento, Sancho - dijo don Quijote - y del camino que hemos de seguir déjame a mí el cuidado.

- «Digo, pues - prosiguió Sancho - que en un lugar de Extremadura había un pastor cabrerizo, quiero decir que guardaba cabras, el cual pastor o cabrerizo, como digo de mi cuento, se llamaba Lope Ruiz; y este Lope Ruiz andaba enamorado de una pastora que se llamaba Torralba; la cual pastora llamada Torralba era hija de un ganadero rico; y este ganadero rico...»

- Si de esa manera cuentas tu cuento, Sancho - dijo don Quijote - repitiendo dos veces lo que vas diciendo, no acabarás en dos días: dílo seguidamente y cuéntalo como hombre de entendimiento, y si no, no digas nada.

- De la misma manera que yo lo cuento - respondió Sancho - se cuentan en mi tierra todas las cosas, y yo no sé contar de otra, ni es bien que vuestra merced me pida que haga usos nuevos.

- Di como quisieres - respondió don Quijote - que pues la suerte quiere que no pueda dejar de escucharte, prosigue.

- «Así que señor mío de mi ánima - prosiguió Sancho - que, como ya tengo dicho, este pastor andaba enamorado de Torralba la pastora, que era una moza rolliza, zahareña, y tiraba algo

Pliego 17

114

CAPÍTULO VIGÉSIMO

a hombruna, porque tenía unas pocas de bigotes, que parece que ahora la veo».

- Luego ¿conocístele tú? - dijo don Quijote

- No la conocí yo - respondió Sancho -, pero quien me contó este cuento me dijo que era tan cierto y verdadero, que podía bien, cuando lo contase a otro, afirmar y jurar que lo había visto todo. « Así que, yendo días y viniendo días, el diablo, que no duerme y que todo lo añasca, hizo de manera que el amor que el pastor tenía a la pastora se volviese en omecillo y mala voluntad; y la causa fue, según malas lenguas, una cierta cantidad de celos que ella le dio, tales, que pasaban de la raya y llegaban a lo vedado; y fue tanto lo que el pastor la aborreció de allí adelante, que, por no verla, se quiso ausentar de aquella tierra e irse donde sus ojos no la viesen jamás. La Torralba, que se vio desdenada del Lope, luego le quiso bien, mas que nunca le había querido.»

- Ésa es natural condición de mujeres - dijo don Quijote - desdenar a quien las quiere y amar a quien las aborrece. Pasa adelante, Sancho.

- « Sucedió - dijo Sancho - que el pastor puso por obra su determinación y, antecogiendo sus cabras, se encambró por las campos de Extremadura, para

CAPÍTULO VIGÉSIMO

pasarse a los reinos de Portugal e de Teruello, que lo supo, se fue tras él y siguióle a pie y descalza desde lejos, con un bordón en la mano y con los alforjes al cuello, donde llevaba, según es fama, un pedazo de espejo y otro de un peine y no sé qué botecillo de mudos para la cura; mas llevase lo que llevase, que yo no me quiero meter ahora en averigualla, sólo diré que dicen que el pastor llegó con su ganado a pasar el río Guadiana y en aquella sazón iba crecido y casi fuera de madre, y por la parte que llegó no había banco ni banco, ni quien le pasase a él ni a su ganado de la otra parte, de lo que se congojó mucho porque veía que la Teruello venía ya muy cerca y le había de dar mucho pesadumbre con sus riegos y líquidos; mas tanto andaba mirando, que vio un pescador que tenía junta a sí un banco, tan pequeño que, solo podían caber en él una persona y una cabra; y, con todo esto, le habló y concertó con él que le pasase a él y a trescientas cabras que llevaba. Entró el pescador en el banco y puso una cabra; volvió y puso otra; tornó a volver y tornó a poner otra. → Tenga nuestra merced cuenta en las cabras que el pescador va pescando, porque si pierde una de las mercedes se ausentará el cuento y no será posible contar más palabras de él. → Digo, pues, y digo que el desembarcadero de la otra parte estaba lleno de ieno y rebarbas y tendían el pescador mucho tiempo en ir y volver. Con todo esto volvió

Bligo 17

CAPÍTULO VIGÉSIMO

Por otra cabra, y otra, y otra... »

- Haz cuenta que les pasó todas - don Quijote -, no andes yendo y viniendo de esa manera, que no acabará de pasarlas en un año.

- ¡Cuántas han pasado hasta ahora? - dijo Sancho.

- ¡Yo qué diablos sé? - respondió don Quijote.

- He ahí lo que yo dije que tuviese buena cuenta. Pues por Dios que se ha acabado el cuento, que no hay pasar adelante.

- ¡Cómo puede ser eso? - respondió don Quijote -. ¡Tan de esencia de la historia es saber las cabras que han pasado por extenso, que si se yerra una del número no puedes seguir adelante con la historia?

- No, señor, en ninguna manera - respondió Sancho -; porque así como yo pregunté a vuestra merced que me dijese cuántas cabras habían pasado, y me respondió que no sabía, en aquel mismo instante

se me fue a mí de la memoria cuanto me quedaba por decir, y a fe que era de mucha virtud y contento.

- ¡De modo - dijo don Quijote - que ya la historia es acabada?

- Tan acabada es como mi madre - dijo Sancho.

- Díjote de verdad - respondió don Quijote - que tu has contado una de las nuevas consejas, cuento o historia